

ocurió un plan, que comuniqué á los Sres. Osollo y Trías, y que acogieron con entusiasmo como único medio de pacificacion. El plan era el siguiente:

“1.º El Sr. Juárez desempeñará interinamente la presidencia de la República, procediéndose inmediatamente á reunir el Congreso para que nombre Presidente.

“2.º El mismo Congreso se ocupará en el acto en reformar la Constitucion.

“3.º El clero prestará tres millones de pesos, de los cuales uno se destinará para las necesidades del erario, y dos para capitalizar empleos militares, comprar buenos terrenos, y formar colonias, para convertir en propietarios á los soldados y oficiales cuyos servicios no sean necesarios.”

Osollo se quejaba de la multitud de oficiales sueltos, añadiendo que no bastaban los tesoros de Crespo para mantenerlos. Osollo decia que el clero estaba en el caso de prestarse á algunas concesiones, y no tener la cuerda tan tirante, porque al fin habia de reventar: Osollo queria de buena fe la paz, y sus ideas de ninguna manera eran retrógradas.

Trías se quejaba del desorden de la guardia nacional: Trías convenia en que la Constitucion exigia reformas, y en que no se debian sostener

caprichosamente cuestiones que afectaran la conciencia: así, el uno influente en la tropa de línea, y el otro en la guardia nacional, podrian obtener lo que en vano se habia buscado en las conferencias oficiales.

Por absurdo que hoy parezca este plan, entonces quizá habria surtido un buen efecto. El ejército quedaba reducido al número necesario, y el germen de las revoluciones curado en su raiz: el clero, cediendo un poco, habria gastado ménos dinero, y quedado tal vez tranquilo por mucho tiempo, y el país todo en una mediana paz; mas sea de esto lo que fuere, el proyecto fué desechado, porque los ánimos estaban dispuestos ya para la lucha; ninguno queria ceder un ápice de sus pretensiones; y yo, como mediador, que no halaga las pasiones, y que tiene que herir naturalmente el amor propio, quedé en un terreno tan resbaladizo, que poco faltó para que los dos bandos se disputasen la obligacion de imponer un castigo á mi pobre, y en aquellos momentos, ridícula diplomacia. En fin, yo cumplí de buena fe con el último deber que me figuraba tener en aquellas circunstancias, y lo demás poco me importaba.

Las conferencias no tuvieron mas resultado sino la celebracion del armisticio de algunas horas, y la estipulacion de unos artículos para el

caso de hostilidades, tan infructuosos y ridículos como mis planes y proyectos de pacificación.

Desde el momento en que terminaron las conferencias, no volví á ver ni á tratar con ninguna de las personas que figuraban en el plan de Santo Domingo, y renuncié el Ministerio de Hacienda, supuesto que el Sr. Comonfort dejó el título de Presidente para tomar el de general en jefe, nombrando su secretario al Sr. D. Manuel Silioco.

En las grandes escaseces que era natural que sufriera el Sr. Comonfort, reducido á algunas calles de la ciudad, se le propuso empeñar una cantidad de bonos de la deuda interior, por los cuales D. Gregorio Ajuria prestó sesenta mil pesos. Yo ni firmé esos bonos, ni tuve ninguna ingerencia en esa operacion, que imitada despues en mayor escala, ha ocasionado el que haya en la plaza muchos millones de bonos en circulacion.

El dia 19 se rompieron de nuevo las hostilidades, que duraron hasta el 20: en la mañana una lluvia de balas y de granadas cayó sobre el punto de San Francisco, y á poco los Sres. Osollo y Miramon, á la cabeza de unas columnas, tomaron á viva fuerza la Acordada y el Hospicio. En el resto de la tarde los fuegos estuvieron muy flojos, y en la noche, introducida la

alarma y el desaliento en la guardia nacional, quedaron abandonados algunos puntos. Al dia siguiente, persuadido el Sr. Comonfort de que toda resistencia era inútil, salió de Palacio, y con una calma, con una serenidad, que han sido elogiadas hasta de sus mas acérrimos enemigos, tomó la calle de la Moneda, y se dirigió al camino de Puebla, dejando en la tesorería general veinte mil pesos, resto de los sesenta mil que prestó el Sr. Ajuria.

El Sr. Zuloaga, que por fin se quedó de general en jefe durante este período, no solo conservó su empleo y distinciones, sino que por el voto del Consejo que se reunió, fué electo Presidente.

Los primeros actos del nuevo gobierno fueron removerme de la legacion de Bélgica, y exigirme la devolucion del dinero que se me habia asignado para viáticos. Afortunadamente yo habia renunciado ántes la legacion, entregado los papeles y devuelto el dinero: así es que se encontraron las partidas sentadas en su debido tiempo en los libros de la tesorería general, y yo sin responsabilidad alguna. Poco despues el Sr. Comonfort, que habia perdido la Presidencia, el prestigio, los amigos y hasta la patria, fué despojado oficialmente, del empleo de general, que en verdad nunca me pareció bien que

tuviere. Esto era poca cosa; pero revela, sin embargo, el grado de aprecio que nos dispensó en el poder el antiguo gefe de la brigada de Tacubaya.

Desde entónces hasta ahora he permanecido enteramente ageno á todos los asuntos y á todos los partidos, convencido de que el triste privilegio del que se mezcla en la política, es poder hacer mucho mal á su pais, á sus conciudadanos y á sus amigos, y muy pocas veces el bien.

Esta es la narracion verídica de lo que ha pasado. ¿Qué objeto he tenido al escribirla? ¿Disculparme, y ponerme bien, como suele decirse, con los que pueden triunfar? ¿Buscar lo que en política se llama una rehabilitacion? Nada de esto: mi objeto es contar lo que no pude decir cuando fuí llamado al Congreso, porque la decencia se oponia á ello; lo que diria ante cualquier juez, lo que digo ante el muy respetable tribunal de la nacion, no para que me absuelva, sino para que mis errores ó mis faltas se conozcan tales cuales son, sin ponerles nada que los aumente, ni quitarles nada que las disminuya. A los hombres en nuestro pais nunca se les juzga con indulgencia y con piedad: el uno es avaro y venal, el otro es vengativo y caprichoso, el de mas allá impío y libertino; y así el hombre político viene en el curso del tiempo á ser una especie

de bestia rara y feroz, que inspira miedo, si es hombre de arranque y espada, y desprecio, si es de una profesion y de un carácter pacíficos. Para ver los defectos, se toma el lente de aumento: para observar las buenas cualidades, que no faltan á todo hombre, por pervertido que sea, el lente se voltea al revés, y allá en lontananza se ve una que otra cualidad microscópica, que nada puede pesar en la balanza de la estimacion pública.

Al referir los sucesos de esta época, he tenido que hablar por precision del Sr. Comonfort: lo he hecho sin mira, sin intencion alguna. Desde que salió de la República dos cartas muy lacónicas me ha escrito; y, francamente, conociendo su carácter, que no puede haber cambiado, se encontraria, si viniera hoy al pais, en la misma situacion incierta y vacilante en que se encontró en Diciembre de 1857.